

11 MERCURIO - SANTIAGO - JULIO 1974

Los Cuentos de Enrique Bunster

Por IGNACIO VALENTE

661.840



La narrativa chilena tiene, desde sus orígenes, un rango bien particular: muchas de sus mejores páginas se deben a genios de letras que no son, de buenas a primeras, "narradores", sino memorialistas, cronistas, historiadores, periodistas, etc. Entre los cultores formales de la "novela" o del "cuento" como géneros literarios no ha habido muchos—no ha habido casi nadie—que escribiera tan buena prosa (narrativa, incluso) como Encina, Alomé, Edwards Bello. Es en esta tradición donde se inscribe la obra de Enrique Bunster, cuyos "Cuentos seleccionados" (ed. Gabriela Mistral) están entre los buenos que se hayan escrito en el país, no obstante su aspecto de memorias de viaje, incursiones en la pampa hispánica o simples relatos de anécdotas que se suponen de dominio común.

Allí está precisamente su encanto: en la ausencia de todo esfuerzo visible por inventar, en el carácter imperceptible de su estructura literaria. Todo narrador se enfrenta, de partida, con la pesada incertidumbre del lector sumido en la realidad cotidiana. El umbral de la ficción, esa alada frontera que siempre tiene algo de infantil y algo de mágico, sólo se cruza por obra de la seducción y por el consiguiente imperio de una nueva "convención" entre autor y lector. La manera de provocar este paso —las mil formas de la sugerencia verbal, el anejo del suspense, la intimidad de la primera persona, etc.— sirve muy bien para caracterizar a cada narrador. Pues bien, Enrique Bunster es de quienes no se da —en apariencia— el menor trabajo para hacerlos traspasar la frontera. Parece que, incluso, ni siquiera la cruce, pues se deja caer en la forma más directa posible, como informandones de un hecho escuchable real, a la manera de la crónica. Puede hacerlo, ya que las historias de sus relatos suelen ser excepcionales, sabrosas, sugestivas; se nos recomiendan por sí mismas y al autor le basta presentarlas tal como son.

Sus introducciones carecen de artificio. A veces simplemente se remite a terceras personas: "Fue en una sobremesa en el restaurante Yachting Club de Papeete, donde encogió la historia del contralmirante de Rurutu". Y siempre entra en materia con el aire del amigo que nos contará una anécdota verídica, del cronista que revive para nosotros un hecho público, del periodista que informa con deudosa veracidad. Allí está el primer secreto de su arte: sin esfuerzo aparente, este inventor o recreador de leyendas, fábulas e historias nos ha ganado desde la primera línea, dándonos una impresión de realidad que, con su sencillez literaria, es superior a la literatura de tantos "cuentistas" puros. He aquí la verdad manifiesta que estos relatos nos vuelven a impotentes: que el "cuento" consiste, antes que nada, en "contar" algo. Sin engolar la voz, sin poner en evidencia el tinglado de la ficción o la convención narrativa, consigue Bunster de inmediato ese timbre de verdad leve y sabrosa que es el mejor atributo del género.

La reciente literaria queda así anulada por sí misma, lo que representa la mejor forma de literatura. Los cuentos de Polinesia, por ejemplo, nos instalan de lleno en esas islas del paraíso, con su eterna primavera y sus pasiones casi inextintas (no del todo mañadas por la astucia occidental u oriental), de tal modo que sólo una reflexión nos hace conscientes del carácter "literario" de la construcción narrativa y de la ficción anecdótica. Se diría que el viajero está simplemente rememorando la vida de Híano, la flotabólica, o las increíbles venturas y desventuras de Gauguin en Papeete. Otro tanto ocurre con los relatos de la segunda parte —cuentos de Chile—, donde restringimos la misma impresión de un testigo que nos conversa amigablemente, envolviéndose en la evidencia primaria del suceso, como si no hiciera falta la convención narrativa. Y sin embargo, esta evidencia directa no es documental; se ha conseguido por medios "literarios", es decir, por gracia de una imaginación tan austera como alada; por la obra exclusiva de un lenguaje leve, sobrio, ahorcativo, que sabe decir lo justo sin tentarse con trucos, digresiones o efectismos que, por fortuna, no necesita, puesto que sabe coincidir con lo real a fuerza de contenciente y exactitud.

En este pulso exacto de la prensa de Enrique Bunster se advierte la mano del cronista, su "piso específico" de realidad, su instinto de verdad humana. En cambio, los cuentos de la tercera parte —cuentos del mundo— verifican esta comprensión por contraste. Se trata ahora de relatos con "invencción" manifiesta. En ellos se pierde bruscamente el encanto narrativo. A medida que crece la ficción, disminuye la naturalidad. La imaginación del autor se interpone algo pesadamente entre el lector y la posible realidad del cuento, y sus golpes de ingenio o humor, tan tanto excesivos y desorbitados, no nos compensan por la verosimilitud perdida. La ficción de una guerra nuclear o de un estremecedor fútbolista brasileño queda, por su boca gorda, muy por debajo del fino trazo de las aventuras polémicas o de la anécdota criolla. Y en el acto, el lenguaje mismo se hace más pesado, laborioso, opaco, como si funcionara fuera de su elemento propio. En otras palabras: la fantasía de Bunster se alacea cuando se propone la tarea de inventar en nuevo un espacio narrativo de ficción alemana, en cambio, su punto óptimo cuando cabalgue sobre la realidad dada de la verosimilitud histórica; cuando impone espléndidos toques de levedad y gracia a esa substancial documental que es la auténtica materia de sus relatos.

Volvamos a los mejores cuentos, los de la primera y segunda parte. En ellos el autor no se hace presente: su imaginación coincide con lo imaginado; su lenguaje es ligero y fluido; no se siente, diríamos, la pluma que escribe. Y sin embargo, de otro modo, la gracia leve de estos relatos debe atribuirse, en buena medida, a la cordial y humana presencia del autor tras cada frase, tras cada observación: su manaza de mirar la vida, su bondad cálida y comprensiva —invisible presencia— impregna estas líneas. Hay, pues, "estilo", en el sentido más propio de un modo de ver y de sentir. Es el estilo del relato químicamente puro, la gracia ligera del cronista, que deja a los sucesos ser lo que son, que se pliega a su ritmo vital, que evita la tentación del énfasis, y no presta a las cosas narradas sino esa simpática y universal comprensión de su verdad psicológica.

Digamos, en la misma línea, que Bunster es intensamente ameno. Una pesada sospecha recorre hoy sobre todo lo que, en literatura, es "entretenido". Pero en vano: la amabilidad es, en los cuentos de Bunster, autodemuestra de su buena ley literaria. No se obtiene por halago de nuestros centros de interés más pasionales y fáciles. Al contrario, nos capta limpiamente en las redes de una verdad humana, más ligera que profunda, es cierto, pero siempre activa, en el dinamismo de sus personajes. Y sobre todo, esta amabilidad está ligada a los puros y simples recursos del lenguaje: no opera en nosotros por otro medio que la palabra, agil, eficiente, soberbia de allí su pureza literaria. Es muy fácil —y equivoco— instalarlo en un pretendido rigor estético, decretar impuro este género —cuento mezclado con periodismo— y calificar de simple este talento. Una crítica menos esquemática no puede sino recomendar alta calidad narrativa a estas piezas mixtas, a esta notable conjunción del narrador y del cronista, que representa Bunster en la línea de una ilustre tradición nacional. Tradición que, replásmalo, nos ha dado —al margen de nomenclaturas formales— muchas de las mejores páginas de prosa de nuestra historia literaria. ¶

Los cuentos de Enrique Bunster [artículo] Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los cuentos de Enrique Bunster [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)